

RETORNAMOS

No podía presentarse más hermosa la tarde. Habíamos llegado á la ciudad dos días antes de aquel en que, dando de mano á los bullicios de fuera, debíamos abandonarlo todo en pro de nuestra propia educación. Cuánta alegría notábamos entonces en las fisonomías un tanto amarillentas de nuestros viejos camaradas, quienes al retornar bajo el ala amorosa del claustro sentían algo que el lenguaje humano no puede expresar pero que el corazón experimenta en medio de los combates de la vida. Era el placer de la vuelta, mezclado con el dulce sabor de los labios maternos, cuyo calor queda aún sobre la frente del hijo que se aleja del hogar, para volver luego, lleno el corazón de puros sentimientos y con mejor desarrollo de sus potencias intelectuales, debido al roce cotidiano con maestros doctos y buenos.

Y al abrazo estrechísimo que nos iba uniendo á nuestros amigos de años que se fueron, casi se mezclaban las lágrimas, aquellas gotas tibias y brillantes que muchas veces se escapan á despecho de nuestra voluntad y que lo mismo expresan las alegrías que los dolores del alma.

Y á aquel saludo efusivo seguían historias más ó menos interesantes de cómo se habían ido las largas vacaciones, entre las faenas agrícolas ó en medio del bullicio de las ciudades populosas; ratos amargos para los que no tienen á su lado el apoyo del padre cariñoso, de la santa madre; alegres para los que aún pueden contemplar de lejos la casita blanca de sus ensueños donde se les espera con los brazos extendidos y con caricias, las más íntimas que brotar pueden del corazón humano; gratísimos para aquellos á quienes una visión risueña va señalando con los ojos los recodos del camino hasta colocarlos al pie del altar de Nuestra Señora para entonar la oración más preciada de María.

¡ Cuánta tristeza para unos ! ¡ qué de alegría para otros ! Pero va á llegar un momento en que se combinan opuestos sentimientos ; unión que empieza en los brazos amigos de nuestro Rector y no acaba jamás si da en tierra fértil y abonada con las virtudes cristianas. Sí. El Colegio del Rosario — cuna de los más grandes hombres de la República — tiene la incomparable propiedad bajo sus muros vetustos de alejar el dolor de los corazones lacerados y acrecentar la alegría de los que ya vienen con ella en el alma ; reuniendo así hermosamente dos fibras distintas del alma que generalmente marchan en continua contradicción. Esta unión halla cabida en nuestro claustro, porque una libertad bien entendida, el respeto hacia los superiores, el cariño por La Bordadita, el calor de las viejas tradiciones, la memoria de los fundadores de la Patria, la igualdad que existe entre los jóvenes que en el Colegio ocupan distintas categorías, el deseo de beber en las fuentes donde saciaron sus ansias los sabios de otros tiempos, y sobre todo, el espíritu católico que reina desde la puerta principal hasta la más honda grieta que los años han formado en el cal y canto de las paredes, hacen que en cierto modo se armonicen los diversos temperamentos sin echar á un lado las diferentes tendencias individuales hijas de las aspiraciones nobles del corazón ; aspiraciones niveladas por el amor al claustro y el cariño hacia nuestros maestros y compañeros de faenas escolares.

Y llega al fin la tarde envuelta entre crespiones. El *Angelus* resuena lúgubrementemente desde los viejos campanarios. Parece que todo se adormece para empezar una nueva vida: la del espíritu que esta misma tarde se inicia en muchas escuelas y colegios que abren sus puertas de par en par á la juventud que ha de ser un día honra de la Patria. Y nosotros, alegres, sin dejar atrás nada que nos mueva á volver el rostro, entramos de nuevo al claustro tan viejo... y siempre empapado en aroma de vida. ¿ Quién no se descubre lleno de respeto ante esas columnatas al pie de las cuales

se apoyaron nuestros antepasados, aquellos que ofrendaron su sangre en aras de la libertad? ¿Quién no se siente transportado á regiones excelsas al ver que todavía perdura en Colombia, llena de vigor y de savia fecundante, la obra de un fraile del siglo xvii? Y lejos de que el tiempo lo amenigüe con sus manos frías y destructoras, el Colegio del Rosario, á más de ensancharse, rejuvenece durante la corta ausencia de sus hijos para recibirlos nuevamente en su seno. Allí está la campana legendaria, lista al llamamiento, que nos habla de nuestros deberes: el respeto, la obediencia y la consagración asidua; allí están las aulas que en sus bancos esperan, año por año, las legiones estudiantiles para iniciarlas en los principios científicos; allí está principalmente, nuestra capilla, y en el centro del altar, el cuadro de María, ausente temporalmente para sus hijos pero siempre delante de los ojos del alma, para guiar nuestros pasos en las asperezas del camino. Ella no se aleja: espera, y en cada uno de los pliegues de su manto, hay para nosotros refugio y asilo.

Hemos empezado. Largo y agudo repique de la campana anuncia á los cuatro vientos algo que significa voluntad, amor al estudio, deseo de no formar parte en las turbas anónimas que sólo obedecen los impulsos de la naturaleza; anhelos de llegar á ser útiles algún día y dejar un nombre que perdure al través de los años y se recuerde con respeto y con cariño. De esos que tuvieron tan puros ideales se encuentran las imágenes en nuestros salones; allí están ellos enseñando á la juventud que va surgiendo á la lucha el camino de ser grandes y útiles á la Patria, sin creerse jamás necesarios, que si así fuera, el Colegio del Rosario habría dejado de existir cuando estaba en la mente de su venerado fundador.

Quince minutos después, los pocos que hemos empezado las tareas nos dirigimos con paso mesurado á la capilla, lugar de cita á tarde y mañana para el estudiante que saluda á María y va á pedirle luces para el nuevo año que

comienza, luces que ELLA sabe dar en abundancia cuando la súplica brota de corazones no atrofiados por los vicios. El cuadro de la Virgen se destaca hermoso en medio de la sencilla arquitectura del recinto; es un cuadro que todos llevamos íntimamente esculpido en el alma y al pie del cual pronunciaron sus últimas oraciones los que más encumbrado puesto ocupan en nuestra historia nacional. Y las avemarías van saliendo lentamente de reducido número de pechos, como si fueran flores blancas que después de recorrer los espacios siderales van á formar una guirnalda al pie del trono de María, testigos de la piedad con que aquí se hacen las prácticas religiosas, que, sin ser muchas, contribuyen poderosamente á que no se esterilice la semilla regada en nuestros corazones, cuando pequeñitos, por nuestras madres de la tierra.

Mañana, al resonar lúgubrementelá última campanada del año que hoy empieza, quiera Dios que nos alejemos del claustro con la satisfacción del deber cumplido, y que el cariño que entrañan las cosas del Colegio del Rosario, lejos de extinguirse, crezca de día en día para retornar con el mismo entusiasmo.

Los que hoy empiezan sus estudios por vez primera en nuestro claustro, tendrán ocasión de gustar, poco á poco, la vida que en él se pasa: deliciosa para los que vienen llenos de vigor y de buena voluntad.... amarga para otros.

R. CORTAZAR

Febrero 4 de 1907.

LECTURAS SOBRE EL ARTE DE EDUCAR

POTENCIAS VEGETATIVAS—LA GENERACIÓN

Potencia la más noble entre las que son comunes al hombre con el bruto y la planta, es la de perpetuarse al través del tiempo, transmitiendo su vida á otros seres de su misma especie, alcanzando así, no sólo la inmortalidad